

## RECUERDOS

Me coloco de lado, bocabajo, con el rostro hacia arriba... nada. No consigo dormir. Cuando cierro los ojos, las pesadillas vuelven. Nunca quise hacerlo, pero ocurrió.

Sin embargo, por primera vez desde hace mucho, a medida que las agujas del reloj van avanzando, voy cayendo en un profundo sopor.

Me encuentro en un coche. Hay una niña en el asiento de atrás, acariciando a un pequeño perro con manchas que agita nerviosamente la cola de un lado a otro. Ella tiene el cabello cobrizo que le cae en bucles sobre la espalda. Cuanto más me fijo en sus rasgos, más me doy cuenta de lo mucho que se me parece. De repente, fija sus ojos en mí. Cierro los míos, mareada, y me asaltan los recuerdos.

Me acuerdo de ese día. Íbamos de excursión al río, como todos los domingos. El cielo estaba nublado, había nubes de tormenta, por lo que probablemente llovería. Ante nosotros se extendía una carretera que debíamos cruzar para llegar a nuestro destino. Mis padres iban charlando, seguramente sobre temas del trabajo. Yo, en cambio, como la niña que era, estaba jugando con Toby, el dálmata que tanto había pedido y que al fin me habían regalado. Estaba impacientándome, pues parecía que la carretera no tenía fin.

Luego, lo inevitable. Llamo a mi padre. Este, desvía un momento la mirada de la carretera para prestarme atención. Un segundo que lo cambió todo. Lo siguiente lo revivo a cámara lenta. Un enorme camión gris se acerca a toda velocidad. Cuando quiero avisar a mi padre, ya es demasiado tarde.

Abro los ojos. Hay un edificio gris. Alto, de unas 4 plantas. Dentro, la niña en una camilla, con los ojos cerrados. En un letrero aparecen las palabras HOSPITAL ESPERANZA. Cierro los ojos. Me embarga esa sensación tan familiar desde que todo ocurrió: la angustia, el miedo.

Cuando consigo recuperarme, miro en otra ventana del hospital. Esta es la zona de juegos. Debe de ser el cumpleaños de uno de los niños allí presentes, pues hay una enorme tarta sobre una de las mesas, y un médico va disfrazado de payaso haber si puede sacar alguna sonrisa. Nunca me han gustado los payasos, me imponen sus grotescos rostros. Al fondo de la habitación, puedo ver a unos niños jugando con un puzle, y a otros de la mano haciendo una obra de teatro. Una leve sonrisa emerge de mis labios. Son felices a pesar de las dificultades. Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

De repente, noto una mano sobre mi hombro. Me giro, temerosa de lo que pueda ver, y ahí me lo encuentro, como si nada hubiera pasado. Mi padre sigue tan sonriente como la última vez. Se acerca y deposita un objeto en mi mano. Cuando la abro, me encuentro con mi antigua locomotora de juguete. Me la regalaron por mi noveno cumpleaños. Es de un brillante color rojo, y su chimenea de un acuoso color azul. Dentro de un vagón, encuentro una nota. La caligrafía de mi padre es inconfundible. La despliego cuidadosamente, casi con timidez.

5 palabras que lo cambiarían todo: DEJA DE CULPARTE, Y VIVE.

Cuando me despierto, mi puño derecho todavía sostiene la locomotora.